

comprendí que ya no había remedio para los Moros. ¡Por supuesto, que todo el mundo lo conoció aquí de la misma manera!... ¡La acción del 31 había acabado con todas las ilusiones!

—¿Qué decía Muley-el-Abbas después de esa acción?

—¿De cuál?

—De la del 31.

—Ni él ni su hermano volvieron á poner los pies en *Tetuán*: les daba vergüenza; pero aquí supimos que Muley-Ahmed estaba desesperado, y que entonces era ya Muley-el-Abbas quien lo infundía valor, diciéndole que no se había perdido todo; que sus trincheras artilladas y las posiciones de sus Campamentos se podían calificar de inconquistables, y que antes de apoderarse de ellas os estrellaríais al pie de sus cañones y de los tiradores emboscados que defenderían el camino de *Tetuán*...

”Y, á la verdad, las obras construídas en aquellos parajes... (usted las habrá visto) eran imponentes. Fosos, lagunas, cañaverales, parapetos, la *Torre de Jeleli*, el río *Jelú*, árboles, malezas, caseríos, todo contribuía á dificultaros el paso. Vuestra Artillería sería impotente una vez internados en tales laberintos... Había, en fin, muchos motivos, si no para confiar en que no penetraríais en la Plaza, para suponer que el conseguirlo os costaría aún varios combates y muchos miles de hombres...

”¿Cuál sería, pues, el asombro de todo el mundo al ver entrar en *Tetuán* á los dos Príncipes á las cuatro y media de aquella tremenda tarde, pálidos como la muerte, á todo el escape de sus caballos, gritando con descompuestas voces: “¡Huíd..., huíd!...—¡El que nos ame, que nos siga!... ¡Todo se ha perdido!... ¡Tetuán es de los Cristianos!”

—¿Quién decía eso? ¿Muley-el-Abbas?

—No, señor, ¡Muley-Ahmed! —; Muley-el-Abbas, reposado y triste, se lamentaba de la cobardía de sus tropas, que habían abandonado todas las posiciones no bien perdieron las primeras, y daba órdenes de coger y degollar á los jefes de kabila que habían huído...

—; Degollarlos!

—Así se hizo con algunos.—Entretanto, la Judería era asaltada por aquellas enfurecidas hordas...—Nosotros...

—Sé lo demás... (le dije al Hebreo, interrumpiéndole). Hemos concluído por hoy, amigo Abraham.—Mañana podrás contarme las desventuras particulares de los Judíos.

Y me despedí de él políticamente.

VII

Actitud del Pueblo vencido y del Ejército vencedor.
El Palacio de *Erzini*.—La *Mezquita Grande*.

El mismo día.

Estoy en el Palacio de *Erzini*; pero antes de decirlo quién es *Erzini* y de describiros su Palacio, voy á apuntar algunas de las cosas que más han llamado hoy mi atención al venir desde la alborotada Judería á este sosegado barrio moro.

Primeramente, cerca de la casa de Abraham encontré una multitud de soldados nuestros á la puerta de otra casa hebrea, donde sonaban descompasados gritos de hombres y mujeres.

—Chicos, ¿qué es eso?—pregunté á los soldados, procurando hacerme lugar para ver lo que pasaba.

—; Calle usted, hombre! (me respondió un Granadero andaluz). ; Si es la cosa más particu-

lar que ha visto uno!—¿Oye usted ese jaleo y esas voces? ¡Pues es un duelo, ó funeral, por un tal Saúl que anteayer mataron los Moros!

—¡Mucho lo sienten, según veo!...

—¡Ca! No, señor. ¡Todo eso es pura *ceremonia*! Figúrese usted que ahora poco han entrado ahí más de cuarenta Judíos, tan alegres y satisfechos como si tal cosa; se han sentado todos en el patio, y han empezado á gritar y á gemir de la manera que usted oye...—¡Mire usted!... ¡Mire usted cómo se arañan!

Hízome lado el Granadero, y vi efectivamente á una porción de Hebreos de ambos sexos, con el rostro chorreando lágrimas y sangre, y sollozando en coro, sin darse apenas tiempo para respirar.

—Dice aquí un Judío (añadió el soldado), que el luto dura tanto como los arañazos que se hacen en la cara, á lo que digo yo que algunas de esas muchachas se habrán cortado las uñas antes de venir al duelo...

—¡Saúl ha muerto, señor! ¡El virtuoso Saúl, que nunca hizo daño á nadie!—Estas palabras, que oí ayer, acudieron entonces á mi memoria, y me marché pensando en la rara índole del sér humano, que se afecta á medida de sus propias invenciones, y llora ó se regocija, según la moda de cada país.—Esto es obscuro, pero yo me entiendo.—¿No bailan las gitanas cuando se les muere un hijo de pocos años? ¿No mataban los hijos á sus padres (creo que en la antigua Lacedemonia) para librarlos de los achaques de la vejez?

Más adelante presencié escenas de otra naturaleza, que me distrajeron de tales reflexiones.

Por ejemplo: era graciosísimo oír á algunos soldados nuestros, plantados en medio de la calle, hablar con tal ó cual Judía, asomada á la azotea de su casa. Las descendientes de Caifás

estaban más honestas que ayer, ora por haber desechado el temor de que les robemos sus ropas y alhajas, ora en obediencia de órdenes terminantes de nuestro General en Jefe.

Por lo demás, en estas conversaciones amorosas al aire libre, oíanse á cada momento, como tema obligado, las palabras "*mi ley*" y "*tu ley*"...—¡Era la polémica religiosa de siempre entre la cautiva y el vencedor!

—*Mi ley no me lo permite...*

—*Hazte Cristiana...*

—*Reconoce á mi Dios...*

—*Mi religión me manda aborrecerte...*

Las mismas ó muy semejantes palabras había yo leído en el *Gonzalo de Córdoba* de Florián, en *Matilde ó Las Cruzadas*, en Chateaubriand, en lord Byron, en Calderón, en Zorrilla...—¡Oh! ¡Cuántos dramas y novelas, cuántos poemas y romances he visto realizados, animados, vivos, desde que pisé esta tierra de Africa!...—Y ¡qué grupos, qué cuadros tan cómicos ofrece *Tetuán* en este momento!...

El trío de Moro, Español y Hebreo, conversando en el hueco de una puerta;—los ajustes, ventas, compras y cambios;—la relación que hace cada cual de sus peculiares usos y costumbres;—el fiero Musulmán, que pregunta mansamente *si se le permitirá usar armas*;—el otro que, con un *pase* escrito en castellano por algún sargento, anda buscando al general Ríos para que se lo firme, y que, cuando lo encuentra, le tira de la levita, y le dice tuteándole:—*Oye, General. Yo, Moro bueno, querer entrar y salir por puertas de ciudad...*;—el noble guerrero que vuelve á la Plaza sin mirar á nadie, penetra en su casa, coge sus ahorros, y nos indica que le dejemos salir, pues quiere marcharse *para no volver*;—el Moro de paz que llegó á pedir justicia, trayendo á un Judío cogido por el cuello;—el

Judío que por la primera vez de su vida se atreve á insultar á un Moro, contando con el apoyo de nuestros soldados, que á veces se ponen de parte del que les habla en español;—las explicaciones que se dan unos soldados á otros acerca de las peregrinas cosas que encuentran en la ciudad...;—todo esto, digo, constituye otros tantos asuntos dignos del pincel, del romance ó del sainete, é imposibles de describir en mi ya larguísima historia.

Fijémonos, si no, en cualquier cuadro: en el cambio de monedas, por ejemplo.

—¿Qué me das aquí?—pregunta un soldado nuestro, rechazando la vuelta de un duro, que le entrega un Judío en cierto género de ochavos y de chapitas de plata que parecen cualquier cosa menos dinero.

—¿Todo eso es muy bueno!—dice el Judío.

—¿Mira, tú, ven acá!...—¿Cuánto vale esto?—replica el soldado, cogiendo á un Moro por el jaique y mostrándole aquel raro numerario.

El Moro responde en árabe cualquier cosa, como si pudiese ser entendido por el Español.

—¿Lo ves? (exclama el Judío). ¡Dice lo mismo que yo decía!...

—¿No dice eso! ¿No es verdad que no dices eso?—le pregunta de nuevo el soldado al Moro.

Este mira al Judío con desprecio, y por señas le dice al Cristiano que tenga mucho cuidado con aquella gente.

—¿Dame mi duro!—grita entonces nuestro compatriota.

—Ya no lo tengo... Se lo debía á uno que pasó por aquí, y se lo he dado.—Pero toma, si quieres, más ochavos morunos...—añade el Hebreo, sacando del bolsillo otro puñado de cobre.

El soldado, harto ya de aquella disputa, calcula á ojo el valor del metal y del que llena sus manos, y dice por último:

—¡Vaya! ¡Echame otros pocos, y sea lo que Dios quiera!

—Toma, ¡para que veas que no te engaño!...—concluye el Judío, dándole dos ochavos más, y se escabulle ligeramente, aprovechándose de que el soldado tiene las manos ocupadas y no puede correr...

La verdad es que el Hebreo no ha estafado al Cristiano. Aquella infinidad de medallas de plata y cobre valen acaso más que el duro que representan.—Sin embargo, el Judío ha hecho un gran negocio.—Diré por qué.

Nuestras monedas se cotizan en Marruecos como el papel del Estado entre nosotros. Los duros, v. gr., están hoy á veinticinco reales; mañana estarán á diez y ocho, y pasado mañana á treinta, según su abundancia ó escasez...—Ahora bien: el Judío acapara todos los duros que puede, y cuando ha subido su precio empieza á ponerlos en circulación, desplegando para ello una actividad y hasta un valor que sólo se conciben en su carácter y tratándose de dinero.

Abraham, por ejemplo, cuando fué esta mañana á verme almorzar venía de vender duros á los pastores de la sierra de *Samsa*, que se los habían pagado nada menos que á treinta y cinco reales en cobre.—Para ello había tenido que salir de *Tetuán* antes del amanecer; atravesar nuestros Campamentos, á riesgo de que lo creyésemos un traidor; llegar á terreno vigilado por los Moros, que lo tomaron por un espía; sufrir vejámenes de unos y otros, y exponerse á morir, ó, lo que es peor, á ser robado.—¡Oh, sí!... ¡Nada hay tan heroico como la avaricia, máxime si se tiene en cuenta que todos los avaros son cobardes!

.....
Una vez en los barrios moros, he notado que los Tetuanés principian á salir de sus casas...—

Hasta ahora no han pasado de la puerta, donde toman el Sol acurrucados sobre el duro suelo. Pero, por más que las calles sean estrechísimas, y que, consiguientemente, se hallen unos muy cerca de otros, los vencidos no se dirigen todavía la palabra...

Otra observación he hecho. — Cuando pasan nuestras vistosas cabalgatas (Generales con su Estado Mayor y Escolta, ó cualquiera de las lucientes comitivas que cruzan á cada momento las calles de *Tetuán*), los taciturnos Musulmanes recogen un poco las piernas á fin de que no los pisen nuestros caballos, y ni por casualidad siquiera alzan la cabeza para mirar á aquellos lucidos jinetes que tanto ruido van haciendo con sus bridones y sus armas...—La única preocupación de los Moros en tal momento parece ser evitar que les *afecte materialmente* aquel accidente fatal y mecánico que pasa cerca de ellos.— Por eso encogen las piernas...—; Pero levantar los ojos para mirarlo, sería *reconocerlo* en cierto modo; sería saberlo, darle cabida en la memoria, aceptarlo con la curiosidad, imposibilitarse para negarlo el día de mañana!...

Cuando ya ha pasado la cabalgata y se quedan solos (yo los espío con disimulo desde lejos), ni tan siquiera se miran.—Mirarse, equivaldría á tratar de aquel asunto..., y el desprecio de los Moros hacia el vencedor llega hasta el extremo de fingirse los unos á los otros que ignoran todo lo acontecido últimamente.

Por lo demás, ¿á qué mirarse, ni qué podrían decirse? ¿Acaso no tiene cada uno la seguridad de que todos están pensando en una misma cosa? ¿Pudieran revelarse algo que no fuese pálida y deficiente expresión del común sentimiento?—; Hablar es explicar, y la explicación del dolor patrio, dada por cualquier Moro, ofendería la delicadeza de los restantes!

La elocuencia es plata, el silencio es oro—suelen decir los Arabes.—; Cuán justificado veo ahora este proverbio!—; Silencio grande, orgullo digno, indiferencia majestuosa, desprecio heroico!—; Ah! La actitud de estos salvajes es sublime. ; Yo no he visto nunca llevar con tanta nobleza la desgracia! Sufren, y no lloran. Están indignados, y no se encolerizan. Se hallan resueltos á morir todos antes que transigir con nuestras leyes, nuestros ritos y nuestros hábitos, y no manifiestan su decisión con estériles alardes de patriotismo.—Ni nos temen, ni nos provocan... ; Bástales con su propia convicción de que jamás serán nuestros esclavos!

De todo esto se deduce que los Moros son inconquistables por la fuerza; que su libertad de espíritu en el vencimiento los hace y los hará siempre *independientes*, y que ni aun á la vívida y expansiva cultura cristiana le sería dado asimilárselos, modificando en poco ni en mucho tan reconcentrados sentimientos patrióticos y religiosos.

Entregado á tales cavilaciones, llegué por último á este Palacio (famoso en *Tetuán*), y aquí, en los cenadores de un soberbio patio, me he pasado hora y media escribiendo al fresco (pues hoy hace muchísimo calor).—Ahora voy á dar una vuelta por el edificio con el cancerbero Moro que lo guarda y con el Hebreo que me sirve de *cicerone*.

Erzini, el dueño de esta morada, es un banquero Moro, no tan rico como otro hermano suyo, de quien hablaremos alguna vez. Sin embargo, el que aquí nos ocupa lo es tanto, que, al decir del Judío, mide el oro por fanegas, y que, al marcharse ayer de *Tetuán*, cargó de dinero nueve mulas, tres camellos y ocho esclavos.

El Palacio da claras señales de la creciente

opulencia de su señor; pues, con ser tan extenso y grandioso, todavía le había parecido pequeño, y construíase á espaldas de él un segundo y más suntuoso edificio, cuyas obras paralizó la Guerra. — Los arcos ya levantados, las maderas reunidas, los montones de azulejos, coleccionados por tamaños y colores, y el trazado del vasto jardín que había de constituir el tercer patio, dejan comprender lo que hubiera sido esta mansión después de terminada.

En cuanto á la parte antigua en que nos encontramos, basta por sí propia para dar idea de la vida del potentado que aquí habitaba.—Las estancias son espaciosas, y los techos, altísimos, ostentan ricos artesonados. Todos los pavimentos y paredes están cubiertos de gracioso mosaico. Las arcadas y columnatas de los cenadores bajos y corredores altos lucen su grandiosidad y esbeltez en el mejor estilo de arquitectura árabe, ó sea en el que *Alhama* empleó para adornar la Alhambra.

Aquí, en este primer *patio*, que es el que más me gusta, hay una luz, un aire, una cosa sin nombre, tan llena de calma, soledad y deleite, que entra uno en ganas de sentarse en el suelo (como yo me he sentado) y callar durante muchas horas...—Y es que en las amplias y lisas paredes se proyectan con gentil elegancia las sombras de los delgados fustes de las columnas; es que el Sol acaricia suavemente los arabescos, llenos de leyendas, que cubren cada cornisa; es que el rumor del agua parece la lengua del alto silencio que reina en estos lugares; es que los naranjos plantados entre las losas del patio perfuman el ambiente con el rico olor de su azahar; es que las aves gorjean al revolver bajo blanquísimos arcos que parecen de encaje ó de filigrana; es, en fin, que el gran cuadrado de cielo que sirve de techo á este asilo de paz y de poesía, con-

trasta con las blancas líneas que lo limitan, y aparece más azul, limpio y cariñoso que los ojos de cierta rubia, al sonreír de amor después de haber llorado de celos...

Y ved lo que son las cosas cuando se las deja llegar naturalmente... Aun no hemos pasado de los patios de esta mansión moruna, y ya pensamos en mujeres.—¿Cómo no, si la arquitectura árabe es hija del amor; si esta manera de disponer y adornar las casas ha sido inspirada por el deseo; si este aire está todavía impregnado de los perfumes del harén, y si, á veinte pasos de mí, hay un gran arco tapado por amplia cortina de seda, que oculta un cenador, donde acaban de resonar suavísimos cantos de mujer, unidos al llanto de un pequeñuelo?...

El guardián de Palacio (viejo Moro, muy adicto á Erzini, según dice Jacob, mi guía de siempre) pónese pálido al escuchar aquel canto y aquel lamento.—Sin duda recela una profanación de nuestra parte; quizá teme que pretendamos penetrar en el cenador habitado...

Y hablo en plural, porque Mr. Iriarte, con quien me había citado para este Palacio á las doce de la mañana, llegó hace un momento, y, como yo, siente invencible curiosidad por *ver* (nada más que por *ver*) el cuadro que se oculta detrás de aquel velo de seda...

—¿Aquí hay mujeres, Jacob!—advierto yo en voz baja á mi Judío.

—Eso se dice en *Tetuán!*—responde el infame.

—¿Qué se dice?

—Que Erzini ha dejado aquí sus esclavas, sobre todo á las que tienen hijos, por miedo á las kabilas.

—¿Como hombre de mundo, conocería que nada tenía que temer de los Cristianos, en lo cual ha acertado de medio á medio!...

El lloro y el canto continúan...—Por último, cesa el lloro y no se oye más que el canto.—Su melodía es tan sencilla y monótona, que parece la prolongada vibración de una cuerda de arpa. El agua, los pájaros y algún suspiro del viento en los altos cinamomos del segundo patio, sirven de acompañamiento á la cautiva...

El anciano Moro (que tiene orden del general Ríos de enseñar el Palacio á los que traigan ciertos *pases* que nos han repartido á los artistas, bien que encargando en ellos el respeto á las habitaciones cerradas, y, sobre todo, á las ocupadas por mujeres); el anciano Moro, repito, sacude con impaciencia un manojo de llaves, como diciéndonos:—“Aquí no hay nada raro que ver... ¡Vamos adelante!”

Yo no me nuevo; yo me hago el sordo.—La bondad de mis intenciones me impele al desacato; la curiosidad artística y poética me prensa el corazón...—¿Qué me importa la orden? ¡El General no sabrá nunca que la he infringido; pues, aunque el Moro me acuse, no podrá decir cómo me llamo!... —Además, Ríos me honra con su amistad, ya muy antigua... ¡Y la falta es tan leve! ¡Tan natural en un poeta!...

Iriarte, más fuerte que yo, domina su curiosidad, y me dice:

—Vámonos arriba: dejemos eso. ¡Estará escrito que no veamos un harén *habitado*!

—¡Vamos arriba!—repito ya maquinalmente. Y empezamos á subir la escalera: yo detrás de todos.

El Moro va muy contento con el triunfo que su fidelidad ha obtenido sobre nuestra irreverencia...

De pronto, me detengo; quédome atrás; deslízome otra vez por la escalera abajo, procurando no ser visto ni oído (pero observado, sin embargo, por Iriarte, que no se atreve á seguirme, y

que se apresura á distraer al Moro); llevo al patio; tuerzo á la izquierda; me acerco al cenador famoso; levanto la cortina..., y encuéntrome en medio de la misteriosa estancia...

La primera impresión que siento es la de una atmósfera tibia y tan cargada de perfumes, que me trastorna materialmente...

Luego percibo una mujer, medio vestida con *chilaba* blanca y turbante del mismo color, sentada en grandes almohadones, al lado de una alta cuna, en la cual duerme un niño desnudo que parece vaciado en cobre...

¡Oh desencanto! ¡La Odalisca es negra!—No podía darse mayor desgracia!—Mírola, sin embargo, con atención, y hallo que, dada la costumbre, puede agradar aquella mujer.—Sus facciones son regulares y finas; su cuerpo, el de una Venus de azabache; su tocado, sumamente artístico; su actitud, la de una voluptuosa... pereza.

Yo creía que, al verme, daría un grito, echaría á correr, ó, á lo menos, se llenaría de terror...—¡Nada de eso! Mírame á la cara con la tenacidad que miran los negros, y sonríese con dulzura, mostrando sus blanquísimos dientes, que, sobre la sombra de su cara, parecen una doble sarta de perlas.

Aquella sonrisa, medio salvaje, medio cariñosa, me revela estos pensamientos de la Nubia:

“La Mora es negra; el Moro se ha ido; el niño duerme; tú deseabas mirarme; yo estaba aquí; has entrado. Yo no había visto nunca á ningún Español: el guardián del Palacio dice que no hacéis daño á nadie. Yo no tengo la culpa de que hayas levantado esa cortina; también soy curiosa; ¡gracias por haberte comprometido en beneficio de los dos! Tú sabrás cuándo has de irte: yo sé bien que á los Cristianos no les gustan las Moras negras; pero ¡si supiera Erzini que estás aquí!...”

O yo no entiendo de fisonomías, y no sé leer en los ojos, ni estoy dotado de un átomo de intuición, ó la esclava me dice todo esto con su larga mirada y su continuada sonrisa.

En la habitación hay un lecho, verdaderamente regio, cubierto de almohadones de damasco rojo y de cortinas de lana y seda. Súbese á él por unos peldaños, alfombrados, como toda la habitación, con riquísimos y blandos tapices.—Muchas otomanas, muchos cojines, muchas vistosas mantas forman un diván alrededor del aposento. Un pebetero dorado, colocado en medio de él, lo perfuma incesantemente.—Cerca de la Negra hay dos ó tres de esas tacitas semiovaes en que los Moros toman el café, y á las que sirve como de peana un á modo de huevero de metal.—Sobre cierto mueble que carece de equivalente entre nosotros; sobre una especie de tarima alta y pequeña (que á esto se asemeja más que á otra cosa), arquitectónicamente construída, y pintada luego de varios colores, vense más tazas como las que he descrito, una lámpara de metal de forma europea, algunos pedazos de una galleta negra que aman mucho los moros, dos ó tres naranjas y un plato de cristal lleno de azúcar.

Mientras mis ojos aprecian tales pormenores y otros más nimios, mi aventurera imaginación abarca el conjunto de la estancia y fórjase á su antojo las escenas que en ella habrán tenido lugar.—¡Al fin, al fin entreveo el misterio de la vida agarena! Esta es la mujer de Oriente; éste, el innoble cuadro de la familia musulmana. Una joven prisionera y ociosa; su niño, que le asegura cierto respeto en el corazón de su esposo y amo; silencio, soledad, perfumes, sueño, placeres y tristezas confundidos; suspiros, cantos y sollozos que nadie oye ni compadece...—Así había yo adivinado esta vida; así la había leído

en poetas y viajeros; así la canta lord Byron.— ¡Nada tengo ya que desear!

Salgo, pues, de tal cenador, y subo á escape la escalera en busca de las otras gentes.

El viejo Moro no me ha echado de menos. Iriarte me mira con envidia. El Judío sonríe, como diciendo: "*Guardaré el secreto si me aumenta usted hoy la propina...*" Y yo pregunto á Iriarte qué objetos curiosos ha visto durante mi breve ausencia...

El me responde:— ¡Nada! Hemos pasado cerca de una puerta que el viejo Moro no ha querido abrir. A la parte de adentro se oía hablar en voz baja... Jacob dice que allí estarán todas las mujeres y esclavas de Erzini. ¡Parece ser que la de abajo, la que tú acabas de visitar, era la favorita en estos últimos tiempos!

— ¡Demonio!—le contesto yo en son equívoco, para atormentarle con su propia envidia.

Poquísimas cosas dignas de especial mención vemos después en esta casa. El Moro no quiere enseñarnos los *baños*, y nos contentamos con ver los estanques del jardín.—Este jardín no tiene nada de particular, ni lo tendrá hasta que terminen las obras que hoy se construyen en torno de él.

En muy escondida habitación hallamos una cama europea (esto es, una cama de bronce dorado, con sábanas, colchones, etc.), cuyas ropas desarregladas indican haber dormido en ella alguna persona.—Cerca de la cabecera hay una taza que aun conserva un poco de café, una lamparilla de cobre derribada, y un reloj antiguo de sobremesa, que anda todavía...

— ¡Aquí durmió Erzini la última noche!—exclamamos á un tiempo Iriarte y yo.

Por lo demás, en todas las habitaciones hay muebles europeos y africanos, que fuera interminable enumerar. Apuntaré, sin embargo, como

muestra, ciertas grandes arcas labradas, altas como nuestras cómodas; unas tarimas, bajas como las de nuestros braseros, y que son las mesas de comer de los Moros elegantes; otomanas y cojines hasta la profusión; alacenas henchidas de todo género de comestibles, muchos de ellos reprobados por el Corán; cajas llenas de botellas de vino; vajilla oriental é inglesa; grandes espejos modernos; ni una silla; ricas alfombras; esteras de junco y de palma; cortinajes de gran mérito; arañas de cristal; otras dos magníficas camas de bronce, dispuestas á nuestra usanza, é infinidad de objetos argelinos, franceses, marroquíes, ingleses y españoles, que revelan la desprecupación y el cosmopolitismo del diplomático Moro, que, al decir de Jacob, ha viajado mucho y pasa por uno de los hombres más civilizados de este Imperio (1).

Conque marchémonos á otra parte.—Tiempo es ya de que visitemos una mezquita, antes de que los Moros logren, como pretenden, del general Ríos que no las visite ningún Cristiano (ni tan siquiera los cronistas).

Vamos á la *Mezquita Grande*, ó sea la *Djama-el-Kebir*, que dicen los *creyentes*.

Para ir al templo mahometano atravesamos algunas calles solitarias, embovedadas todas, y llenas de sombra y de silencio.

Desde que Abraham me dijo que aun había miles de heridos dentro de *Tetuán*, saludo con el más profundo respeto á las cerradas casas de los barrios moros... Sin embargo, cuando encuentro una puerta entornada, miro, y á través de ella veo ondear algún jaique blanco que cruza por el estrecho pasillo que sirve de antepatio...

En otras ocasiones, asómase á la calle tal ó

(1) Erzini es Cónsul de Marruecos en Gibraltar.

cual niño; pero pronto se ve salir un brazo blanco ó negro; coger de la chilaba al imprudente, tirar de él, y cerrar la puerta...

Unense entonces al ruido de la llave las palabras de reprensión que murmura en árabe una voz femenil. Los gritos del niño se alejan poco á poco por el interior de la casa, y yo siento hondo pesar al considerarme tan enemistado por las circunstancias con una gente que admiro y compadezco de todas veras, y á la que me liga desde mis primeros años la más ardiente devoción... literaria.

.....
Pero hemos llegado á la *Gran Mezquita*.

Un centinela nuestro guarda la puerta.

Mostramos el *pase*, y se nos deja entrar.

La puerta es un bello arco de herradura, abierto en una amplia pared, toda bordada ó labrada de hermosas inscripciones.—Aun decoran este arco algunos secos festones del ramaje con que fué adornado el día que Muley-Ahmed llegó á *Tetuán*.

Penétrase luego en un gran patio lleno de luz, rumor de agua y cantos de pájaros. En él, á mano izquierda, hay una extensa pila de mármol, donde los Mahometanos se lavan los pies siempre que vienen á orar, y, no lejos, forma el suelo un pequeño estrado, en que dejan las babuchas para entrar descalzos en la casa de Dios. En fin, en medio del patio hay otra gran fuente, que es la que llena de blandos murmullos estos lugares.

A cada lado del patio vese un rompimiento de arcos elegantísimos que dan á dos anchos cenadores, á los cuales se sube por un doble escalón revestido de mosaico, como todo el pavimento; y en el fondo, ó sea de frente á la calle, encuéntrase el verdadero templo.

Penétrase allí por una gran puerta primoro-

samente labrada, y desde luego impresionan el ánimo la gran capacidad de la nave, la altura del techo, las cien lámparas que penden de él, los atrevidos arcos y frágiles columnas que los sostienen, y la ausencia de todo ídolo, de toda figura, de todo símbolo material de la fe en Alá y su Profeta.

De vuelta en el patio, nos sentamos Iriarte y yo en uno de los cenadores, y él saca sus carteras y sus lápices, y yo mi recado de escribir...

El trata de fijar sobre la vitela los ángulos de luz y sombra que proyecta el Sol del Mediodía en las paredes y en el suelo; la perspectiva aérea de arcos y columnas; la silueta del alto cornisamento sobre el azul del espacio; el armonioso contorno de las arcadas, y su combinación con los planos oscuros ó luminosos en que se destacan elegantísimamente...

Yo me esfuerzo en reflejar en el papel estos fugitivos instantes; por pasar el tiempo; por condensar la vaga meditación en que aquí se solaza el alma; por darme cuenta de mis indeterminadas emociones; por haceros sentir y comprender la extrañeza, el orgullo, la rara lástima, el cruel sarcasmo, la pueril complacencia y la involuntaria melancolía que experimenta el cristiano en el templo del Dios de Mahoma.

Es la vez primera que un pie calzado huella estas losas de colores; la primera vez que los ecos del techo repiten el rumor de armas y de espuelas...—¿Dónde está ese Alá (me pregunto), que no hunde sobre mí su profanada casa?

¡Ay! ¡Alá sólo vive en el corazón de los Mahometanos; y, cuando ellos salen de este templo, aquí no queda nadie!

Pero ¡silencio!—Un Moro acaba de penetrar en la mezquita, y nos mira á Iriarte y á mí de tal manera, que nos conturba profundamente...—La

cólera del Dios de Mahoma puede no ser temible..., pero la religiosidad de un Mahometano es muy digna de consideración y respeto...

El Moro recién llegado tendrá unos cuarenta años. Su pálido y austero semblante luce una hermosa barba negra.—Viste jaique blanco, y cubre su cabeza un enorme turbante liado en un casquete rojo.

Primero se para y nos mira. Viendo luego que no nos marchamos, colócase cerca de la fuente; mide con la vista la sombra que su cuerpo traza sobre el suelo, y, volviéndose hacia nosotros, nos muestra, extendidos, dos dedos de su mano derecha, como diciendo:

—Son las *dos*..., la hora de la segunda oración de los Islamitas...

Al mismo tiempo oímos allá, sobre el altísimo minarete, la voz de otro Moro que canta una salmodia lenta, vibrante y melodiosa como las notas interminables de nuestras canciones andaluzas...

—¡*Alah!*... ¡*Alah!*...—repite muchas veces el Almuédano, entre otras palabras que no comprendemos, pero que significan, según Jacob, algo parecido á lo siguiente:

—*Bendigamos á Dios: es la hora de la oración; acudid, creyentes, á bendecir á Dios.*

—Vamos nosotros (le digo á Iriarte, que recogía ya sus dibujos). Desde que esos hombres han penetrado aquí tan llenos de fe y de indignación, este lugar debe de ser sagrado para todo corazón generoso.

Cuando ponemos el pie en la calle, son ya muchos los Moros que salen de sus casas ó asoman por las esquinas con dirección al templo...

—¡*Paz!*—les decimos nosotros con el ademán que ya sabéis.

—¡*Paz!*—responden ellos del mismo modo.

Y el Almuédano, desde lo alto de la torre, si-

gue llenando el espacio con el nombre de *Dios*, mil veces bendito...

Entretanto, ya habrán comenzado á tocar á *vísperas* los esquilones de todas las catedrales del mundo católico.

VIII

Mercaderes argelinos.—Moras tapadas.
El Job mahometano.

Día 8 de Febrero.

Hoy se ha practicado un largo reconocimiento por el camino de Tánger.—Según hemos visto, Muley-el-Abbas y los exiguos restos de su Ejército (seis ú ocho mil hombres) están acampados á dos leguas de aquí, ó sea á la mitad del camino del *Fondak*. Casi todos los moradores de los aduanares que hemos hallado al paso han huído al vernos... Pero después, observando que no íbamos en ademán de guerra, algunos se nos han acercado á vendernos huevos y gallinas.

.....
El general Ríos ha sido nombrado Capitán General de *Tetuán* y Gobernador de la plaza.

Por ahora sólo se piensa en habilitar hospitales; rotular las calles, á fin de que sea fácil entenderse en su anónimo laberinto; sacar escombros; garantir las propiedades de los Moros ausentes, y arbitrar medios de hacer menos incómoda á la Guarnición su estancia en la ciudad.

.....
Yo he visitado esta tarde las tiendas de comercio de los Argelinos, que, por estar situadas en habitaciones interiores, se han librado del saqueo.

El *Moro argelino* se diferencia del Marroquí en que conoce más la vida europea, siquier no

acepte sus goces ni sus hábitos. Explótala, sin embargo, para sus negocios, y es más trabajador y comerciante que su correligionario de Occidente.—Todos los que hoy he visto hablaban francés, y no podían ocultar su júbilo al ver avasallados á los Marroquíes, que tanto y tanto se habían engreído ante ellos, diciéndose *inconquistables*... Mas penetremos en sus bazares ó casas de comercio.

En el piso principal hay grandes mostradores, sobre los cuales se ven extendidas las más ricas telas de Oriente, desde el damasco hasta el tisú; desde la lana tan suave como la seda, hasta el brocado y el terciopelo cubiertos de piedras preciosas. Riquísimos velos, exquisitas esencias, rosarios de ámbar, cucharas de concha y oro, babuchas guarnecidas de perlas, olorosas pastillas, primorosas fajas bordadas de colores, y otros mil objetos tan lujosos como raros, han pasado ante mi asombrada vista y dádome idea del fausto de los Musulmanes, así como de lo preciosas que estarán las blancas hijas de los caballeros árabes cuando luzcan tan suntuosos atavíos.

Con los Moros no se puede regatear. Venden severísimamente, y su formalidad contrasta en alto grado con la charla gitana del codicioso y artero Judío.

—¿Cuánto vale esto?—se le pregunta á un Moro.

—Veinte duros. Llevar ó dejar.

—¿Quieres quince?

—No: déjalo... Otro me dará veinte.

—¿Quieres diez y nueve?

—¡Mira, no! Compra cosas que valgan diez y nueve. Pero ésta vale veinte.

Y no hay quien los apee de aquí.

.....
A fuerza de dar vueltas por los barrios árabes he conseguido ver tres Moras, ó, por mejor de-

cir, tres fantasmas, que, según me ha dicho Jacob, eran tres mujeres.

Llevaban la cara tapada con una especie de toca, rasgada horizontalmente á la altura de los ojos.—Vestían de blanco, y se parecían á aquellos penitentes que aun salen en nuestras procesiones de Semana Santa.

A una me la encontré parada debajo de un arco, acompañada de tres Moros.—Comprendí que se marchaba de *Tetuán*, pues no lejos había dos buenos caballos enjaezados. Era alta y de porte elegante. Un alquicel finísimo y ondulado la envolvía de pies á cabeza. Por la hendedura de la máscara relucían unos ojos negros, ardientes, juveniles, cuya mirada se cruzó con la mía al tiempo que pasé rozando con su falda por el angosto arco...

En cambio, no me atreví á mirar á los Moros que la acompañaban; y, por no parecer espía, me fuí de aquella calle, dejándolos en libertad de despedir á la encubierta viajera según que tuvieran por conveniente.

Las otras Moras las divisé á lo lejos, en ocasión que pasaban corriendo de una casa á otra...

—Irán á bañarse... (me dijo mi *cicerone*). En la casa donde han entrado hay unos baños muy buenos...

—¿Públicos?

—No, señor: de familia.

Por mucho que apresuré el paso sólo llegué á tiempo de oír el portazo con que se encerraban y las risas, entrecortadas por el cansancio, con que festejaban la desaparición del peligro que creían haber corrido...

En la puerta había cinco agujeros muy pequeños, que hacían las veces del *ventanillo* de Madrid.—Acerqueme á mirar por ellos, y lo único que vi fué dos ojos negros y lucientes, que me espiaban á su vez desde el otro lado de la tabla...

—¿Será el Moro?—pensé, dando un paso atrás.

Pero nuevas risas femeniles, que resonaron y se fueron alejando, unidas al leve rumor de pasos y de ropas, me convencieron de que aquellas *donne belle bianco vestite* campaban hoy por su respeto.

¡No interpretéis mal mis intenciones! No veáis en estos hechos pueriles, que tengo la sinceridad de confesaros, cosa alguna que signifique torpe afán ó concupiscencia... Unicamente son resabios de antiguas lecturas, curiosidades artísticas, ansia de entrever aquellos lances maravillosos, idealizados por el peligro, que, según lord Byron, acontecieron en Grecia y en Turquía al pícaro hijo de Doña Inés...—; Y nada más!

.....
Concluiré, por hoy, dándoos á conocer un raro personaje que completará en vuestra mente la idea que ya iréis formando del misticismo musulmán.

A cualquier hora del día ó de la noche que atravieso las obscuras y retorcidas callejuelas que desde la *Plaza Vieja* conducen al Palacio de Erzini, oigo, al pasar bajo un aplanado y retorcido arco, que sirve como de codo á dos calles, un triste y prolongado lamento, nunca interrumpido, y que es el único rumor que turba la quietud medrosa de aquel lóbrego y al parecer deshabitado barrio.

Este lamento sale de un arruinado poyo de cal y canto que se alza en la parte más oscura del solitario pasadizo; y lo lanza un pobre Moro que vive hace muchos años tendido en aquel mismo lugar, y de quien sólo he podido saber que es uno de los *Derviches* más respetados del Imperio.

Cuando el Sol luce en el Mediodía, y penetra alguna claridad en aquel ángulo del embovedado recodo, colúmbrase vagamente la figura del hombre que se queja; mas, aun entonces, sólo

por su voz se viene en conocimiento de que aquel es un sér humano...—Los ojos no perciben más que un puñado de mugre.

Y es que el *Dervich*, flaco como un esqueleto, sucio como toda una vida de incuria, acurrucado, ó, por mejor decir, hecho un ovillo bajo sus mil veces desgarradas y remendadas vestiduras, oculta la cabeza entre las rodillas, abárcase las piernas con los brazos, y permanece inmóvil horas y horas, llorando siempre desde lo profundo de su miseria.

Allí pasa el día y la noche; allí come lo que la piedad de algún transeunte pone al alcance de su mano; allí duerme, si es que duerme; allí lo encuentran uno y otro estío, un invierno y otro invierno; allí parece que nació; allí morirá...; si aquello puede llamarse vivir!—Nadie recuerda haberlo visto en otra parte; nadie pasó bajo aquel arco á ninguna hora sin oír su acento plañidero; muy pocas personas lo han sorprendido en otra actitud...

Yo, por desdicha, lo vi incorporarse esta noche, á eso de las diez (que pasé por aquella rincónada, provisto naturalmente de una linterna). Miróme con calenturientos ojos... Estaba delirando... Habíase desarropado del todo, aunque hacía mucho frío...—Su lamento era más lúgubre que nunca...—; Tuve miedo!

El *Dervich* no pasa de los cuarenta años, á lo que todos aseguran; pero representa ochenta.—Está loco, verdaderamente loco, y su locura, como la de todos los Musulmanes, consiste en hablar con Dios ó de Dios...

Hace, pues, muchos años que sólo sale de su boca esta palabra:—*¡Alah!*

—*¡Alah!*—*¡Alah!* (*¡Dios!*—*¡Dios!*) He aquí la idea, el acento, la chispa de vida, el rayo de luz que brota de aquella basura, de aquella escoria, de aquella podredumbre humana...

Recuérdame á Job.—Sólo así concibo un espíritu tan luciente, unido á una materia tan miserable. ; Debajo de aquel estiércol hay escondida un alma, y en este alma reside el Autor de mundos y soles; mora el gran Dios, el Unico, el Eterno, el Omnipotente; albérganse la eternidad y el infinito; alienta la Fe, sonrío la Esperanza, arde la Caridad!

; Oh, Misericordia divina! ; Tú no te desdeñas de habitar en tan inmundo seno!—; Oh, espíritu inmortal, rayo del cielo, alma del hombre! ; Tú eres incorruptible! ; Tú fulguras lo mismo en el corazón del leproso que en la frente de Constantino! ; Tú saliste tan immaculada y pura del gangrenado pecho de Lázaro y de Job, como del casto corazón de los santos Niños calcinados en el horno!—; Tú eres como amianto!

IX

Noticia del entusiasmo de España.—Parlamentarios de Muley-el-Abbas.—El Sábado de los Judíos.—Tamo.

Día 11 de Febrero.

Después de tres días, durante los cuales (lo confieso ingenuamente) he pensado en todo, menos en la Guerra que aquí nos ha traído y en la patria que nos ha enviado—días de romancescas y artísticas emociones, llenos de contemplaciones filosóficas y delirios poéticos, de prolijos estudios acerca del carácter y las costumbres de Moros y Judíos, de raros encuentros, de extrañas aventuras y de inocentes placeres; días, en fin, de poeta viajero, y con esto lo digo todo,—amaneció el de hoy, que, por los singulares acontecimientos que en él se han verificado, me ha sustraído de mis éxtasis moriscos y des-

atinado amor á los Africanos, para volver á inflamar en mi corazón el recuerdo de España, de nuestra Bandera, de la causa que hemos venido á sostener en este Imperio y de la nobilísima sangre que nos ha costado llegar á las puertas de *Tetuán*...

La primera cosa que me hizo pensar esta mañana en que era Español y soldado, fué la llegada del *correo*, el cual nos traía ya noticias de la impresión producida en la madre Patria por la Batalla del 4 y por la toma de esta ciudad...

Al leer las cartas particulares en que familia y amigos me describían el entusiasmo de España, un escalofrío de inefable júbilo circuló por mi cuerpo... Los regocijos, las fiestas, las aclamaciones populares, las colgaduras, los himnos, las iluminaciones... ¡Todo lo vió mi imaginación! ¡Todo lo agradeció mi alma!—La Patria entera ha respondido á nuestros gritos de triunfo... Madrid hierve en orgullo y alborozo... El nombre del Ejército es repetido en todas partes con adoración... La noble, la grande, la heroica España nos considera dignos de ella..., nos proclama sus beneméritos hijos...—¡Ah! ¡Era demasiado para nuestra ambición! ¡La largueza del premio, la esplendidez de la recompensa, enternecía mis entrañas!... ¡Aquellas suaves caricias, después de tan rudas penalidades, arrasaban de lágrimas mis ojos!

En esto, ocurrióme una idea. El correo seguía repartiéndose en medio del *Zoco*, en el mismo lugar donde yo lo había recibido de los primeros... Por consiguiente, ¡cuantos se hallaban en la plaza estarían experimentando emociones iguales á la mía!

Alzo la vista... Y, en efecto, veo que paisanos, soldados, oficiales, jefes, ¡todos!, tienen cartas en una mano y el pañuelo en la otra... ¡Oh!... Sí...—Todos los semblantes están conmovidos...

El llanto del reconocimiento baña todas las mejillas...—“¡España! ¡España!”—murmuran innumerables voces con filial ternura.

Y, para todos, aquél es el verdadero momento de la victoria... Y, sólo entonces, levantan la cabeza con arrogancia, cual si el voto patrio fuese la ansiada confirmación del triunfo... ¡Sólo entonces se convencen de la grandeza de la obra que han llevado á feliz término! ¡Sólo entonces prueban el soberano júbilo de la gloria!

Arrobado estaba en esta contemplación, cuando notóse en la misma plaza un gran movimiento de más activo júbilo, mezclado de sorpresa y curiosidad...

—¡*Parlamento!* ¡*Parlamento!* (exclamaron al par muchas voces). ¡Por el camino de Tánger llegan Emisarios de Muley-el-Abbas!... ¡Ya están en la tienda del general Prim!—¡Nos piden la paz!...—¡Marruecos reconoce, al propio tiempo que España, nuestras definitivas victorias!...

Estos acentos de alegría no deben extrañaros...

¡La paz es siempre grata después del triunfo, si el triunfo ha bastado á la satisfacción de las ofensas!—Nosotros hemos venido á Africa á cobrar una antigua deuda de honra; á hacer comprender á los Marroquíes que no se insulta impunemente el nombre español; á demostrar al mundo que aun sabemos morir por nuestro decoro, y á hacer ostentación de nuestra fuerza, primero á nuestros propios ojos (pues nosotros nos desconocíamos ya á nosotros mismos); segundo, á los ojos de los procaces Mahometanos, que nos creían débiles y abyectos; y, últimamente, á los ojos de toda Europa, donde hace largos años se nos había rezado la oración fúnebre y se nos contaba en el número de los pueblos muertos, como á la heroica Grecia y á la

cesárea Roma.—Pues bien: todo esto lo hemos conseguido ya: España ha despertado de su prostración; Europa nos saluda y aclama como á dignos herederos de nuestros antepasados, y Marruecos viene á pedirnos paz y amistad, proclamando el poderío y la fortuna de nuestras armas...

No necesitamos otra cosa; á eso venimos...—; Dios ilumine al hombre de Estado como ha asistido al General!; Dios tenga á raya la soñadora fantasía de nuestros compatriotas!; Quiera Dios que el engrimiento del triunfo no les lleve á empeñarse en conquistar todo el Africa!; Ay!; España se ha hundido muchas veces por sobra de aliento y de heroísmo!

Así pensaba yo, en tanto que me dirigía al Cuartel General del Conde de Lucena (ya Duque de Tetuán, por Real decreto), á fin de presentar la llegada de los Emisarios moros.—Y sugeríame estas ideas el haber leído, en los periódicos que acabábamos de recibir, palabras tan fascinadoras como imprudentes, hijas quizá de un entusiasmo generoso, ó tal vez fruto de miserables cálculos, formado por el odio de los partidos...

Aquellas palabras hablaban de conquista, de colonización, de que debíamos ir á Tánger, á Fez y hasta á Taflete; de extirpar el islamismo en Africa; de improvisar una nueva España á este lado del Estrecho; de plantar la Cruz sobre el Atlas y convertir al Cristianismo á diez millones de fanáticos Musulmanes; de despoblar una vez más la Península ibérica para poblar este inconmensurable Continente; de reproducir, en fin, la política austriaca, tan brillante, tan poética, tan heroica, pero tan fatal á España, tan temeraria en su origen, tan devastadora en su desarrollo, tan nula en sus resultados!

Llegué, al fin, al Cuartel General de O'Donnell en ocasión que los Parlamentarios de Muley-el-Abbas penetraban en él por el opuesto lado, precedidos de un corpulento Rifeño que llevaba en alto una bandera blanca.

Los Emisarios marroquíes eran cuatro, todos ellos señaladísimos Generales del vencido Ejército del Emperador.

Vestían nobles trajes, ó sean largos caftanes oscuros, botas de taflete amarillo, y turbantes y albornoces blancos. Los arneses de sus caballos eran de tanto gusto como valor, y lo mismo las pistolas enormes que llevaban los cuatro *Moros de Rey* de su escolta, cuyos altos gorros encarnados, feroz fisonomía y colosal estatura les daba un aire imponente por todo extremo...

De los cuatro ilustres Generales ninguno contaría cuarenta años; y, según me ha dicho Rinaldy, llamábanse *el-Alcaid el-Yas el-Mahchard*, *el-Yuis el-Charquí*, *el-Alcaid Ahmet-el-Batín* y *Aben-Abu*.

Este último hablaba español, y venía en calidad de intérprete.—Los de la escolta, que eran Rifeños, entendían también el castellano; pero no lo hablaban..., sin duda por encargo de sus señores.

Sin embargo, á Rinaldy le dijeron (en árabe) que *el-Mahchard* es Gobernador del Rif; *el-Charquí*, segundo Gobernador de Fez; *Ahmet-el-Batín*, Gobernador de Tánger y lugarteniente ó segundo de Muley-el-Abbas, y que *Aben-Abu*, hermano de este último, ha mandado la Caballería mora en casi todos los combates de la presente Guerra.

El semblante de estos guerreros, que tanto han sufrido y trabajado en el transcurso de la Campaña, revelaba profundo quebranto, bien que llevado con tanta resignación como digni-

dad.—Así fué que, al ver pasar á nuestro lado á tan insignes caudillos, cuyo desesperado valor hemos podido apreciar cien veces, sentimos todos, en vez de odio ó compasión, el más generoso respeto.—Ellos, por su parte, nos saludaban ligeramente con la mano, adivinando, sin duda, la justicia que les hacíamos en lo profundo del corazón.

.....
La conferencia de los cuatro Moros con nuestro General fué muy breve.

Preguntáronle ellos á qué había venido á África; qué quería; qué demandaba, y bajo qué condiciones haría la paz...

—Muley-el-Abbas la quiere... (añadieron, por último), y nuestra Patria la necesita.

—Yo he venido aquí (contestó el general O'Donnell) enviado por la Reina de España con autorización para hacer la Guerra; pero no para hacer la paz. Hoy marchará á Madrid uno de mis Generales, y comunicará vuestra pregunta á Su Majestad.—El jueves próximo podéis volver por su respuesta.

—El jueves próximo estaremos aquí sin falta—respondieron los Marroquíes.

Después de esto mediaron entre los caudillos algunas explicaciones acerca del modo cómo se ha sostenido la Guerra por una y otra parte, y los Generales moros se apresuraron á demostrar reconocimiento por el clemente y caritativo empleo que hemos hecho de la victoria...

O'Donnell volvió á quejarse de la bárbara crueldad con que ellos han tratado á los Españoles que han caído en su poder.

—¡No es culpa nuestra, sino de las feroces kabilas! (contestaron los Musulmanes). Por lo demás, nosotros no os conocíamos. ¡Se nos había engañado, haciéndonos creer que erais tan débiles en la lucha como inhumanos en la victoria!

Hoy sabemos que tenéis tanto de generosos como de valientes, y Muley-el-Abbas quiere ser vuestro amigo.

—¡En su mano está el serlo! (replicó O'Donnell). ¡Yo admiro también su valor, respetando la desgracia que ha militado bajo vuestras banderas!...

—¡Es verdad!... ¡Dios no quiere que venganza!...—dijo *Aben-Abu*.

—Eso os dirá de parte de quién está la razón y la justicia...

—¡Nuestra pobre Nación es barco que naufraga! (respondió *el-Charquí* con honda melancolía). ¡Nos han engañado! ¡Nos han vendido!

—España no os engañará nunca. España tiene interés en vuestra felicidad, y también en *vuestra independencia*.

—El Español y el Moro estar llamados á *hacer compañía*—dijeron, por último, los Africanos, levantándose para marchar.

No lo hicieron, con todo, tan pronto como deseaban.—De la tienda de O'Donnell fueron conducidos á la del general Ustáriz, donde se les obsequió con café y cigarros, que aceptaron de muy buena voluntad.

Allí repitieron sus frases de admiración y simpatía por los Españoles; elogiaron nuestra clemencia con los habitantes de *Tetuán*; manifestáronse resignados con la voluntad de Dios, que les había negado el triunfo, y partieron, al fin, seguidos de una lucida escolta de Coraceros españoles.

Al pasar nuevamente por el Campamento del SEGUNDO CUERPO, entraron en la tienda del general Prim, á fin de despedirse de él, y éste correspondió á su cortesía acompañándoles á caballo, con todo su Cuartel General, hasta mucho más allá de nuestras avanzadas.

En el camino, Prim regaló un revólver á uno

de los Parlamentarios, que miraba con suma curiosidad aquel arma, nueva para ellos. El Moro rogó entonces al Conde de Reus que aceptase una de las magníficas pistolas que llevaba ocultas, primorosamente incrustada de plata.

En seguida se despidieron muy afablemente hasta dentro de cinco días.

Al mismo tiempo se embarcaba para España el general Ustáriz, á fin de saber la voluntad de la Reina y de su Gobierno acerca de las condiciones de paz.

Esto será muy cancilleresco, muy constitucional, muy delicado de parte de nuestro victorioso caudillo... Pero yo dudo que allá en Madrid hagan prudente uso del poder, siendo así que desconocen de todo punto lo que sólo visto de cerca puede conocerse.—Y no digo más por hoy.

.....
Conque volvamos á nuestras observaciones de artista y de viajero.

Hoy ha sido sábado, día solemne para los Judíos, como el de ayer, viernes, lo fué para los Moros, y como el de mañana, domingo, lo será para nosotros los Cristianos.

La fiesta religiosa de los Moros se celebró en las mezquitas, á puerta cerrada y bajo la protección de centinelas nuestros, encargados de evitar que la curiosidad de las tropas turbase las ceremonias mahometanas.

Esta tolerancia de un caudillo español victorioso no puede menos de recordarme otros tiempos y otros héroes, y las atrocidades cometidas en nombre de Dios contra Judíos, contra Moriscos y contra Hugonotes...—¡Abominable será desde el punto de vista de la devoción, de la poesía y del arte, nuestra civilización desprecupada; mas, si se la considera por el lado de la equidad, fuerza será reconocer que la historia del género humano no registra período de tanto

respeto á la conciencia ajena como el presente siglo!

Sólo es de lamentar que hoy se dé tan desmedida importancia á los intereses materiales, y que, al dejar de hacer la Guerra *en nombre de las religiones*, se olviden los Gobiernos de predicar la paz *en nombre de Dios*...—Pero esto llegará con la segunda Revolución; con la Revolución económica que nos amenaza. ¡Las hordas populares pedirán un día los bienes de la tierra, como indemnización de los bienes del Cielo que los modernos filósofos les han arrebatado (1), y entonces el fuego de la caridad derretirá el becerro de oro, so pena de que la sociedad se disuelva inmediatamente!

Conque sigamos hablando del *sábado judío*.—Pensaba deciros que las fiestas religiosas de los Hebreos no se celebran á puerta cerrada, como las de los Moros, sino públicamente, permitiendo entrar á Mahometanos y Católicos en las sinagogas, las cuales, según ya hemos visto, están aquí establecidas en el piso bajo de la casa de los *rabinos ó sabios*.

Allí, los hombres solos... (los Judíos no permiten entrar á sus mujeres en el templo, en lo cual les imitan los Musulmanes); los hombres solos, digo, de pie unas veces, y otras sentados en bancos de tosca madera, pero siempre meciéndose de atrás para adelante, leen ó cantan los salmos durante muchas horas, mientras que el sacerdote, subido en una especie de cátedra, dirige la ceremonia con la faz vuelta al Oriente.

(1) No con orgullo, sino con amargura, leo, al cabo de veinte años, estos párrafos que textualmente constan en la primera edición del presente libro.—Hase cumplido mi profecía, y la *Internacional* ha venido á dar cuerpo al peligro que yo anunciaba en 1860.—¡Quiera Dios que se cumpla también el otro pronóstico con que termina este párrafo, y que las masas populares sean rescatadas de la servidumbre de la materia por la caridad de los sacerdotes de Cristo!—(Nota de la edición de 1880.)

El *sábado judío* se celebra también con varias abstinencias: v. gr., los Israelitas no pueden trabajar este día, ni encender lumbre, ni comer cosa caliente, ni tocar dinero, ni pasar por puertas de ciudad, ni hacer otras operaciones que son lícitas el resto de la semana...

Pero lo que sí pueden hacer (las Judías) es ataviarse con sus mejores galas y reunirse de tertulia en el piso superior de las sinagogas, desde donde oyen el canto de abajo, sin tomar parte en él...—Con este motivo, he visto hoy á las más hermosas Hebreas de *Tetuán*; pues, como ya supondréis, me he hecho presentar á algunas de estas tertulias, acompañado siempre de Iriarte, quien ha retratado á dos ó tres de las más interesantes Israelitas, con gran contentamiento de ellas, y previa la venia y licencia marital...

La *aristocracia* tetuaní del bello sexo del antiguo pueblo elegido hallábase reunida en casa de un tal Benjamín, *Sabio* centenario parecido á Matusalén.—Aquellas nobles damas lucían magníficas sayas recamadas de oro, plata y pedrería; *petis* de tisú; grandes arracadas ó zarcillos de oro y perlas, que les llegaban hasta los hombros; unas tiaras, también de oro y plata, que les daban cierto aire salomónico ó pontifical; encajes finísimos (bordados asimismo de oro y menudas piedras preciosas), que encubrían mal su garganta y su levantado seno; chapines de terciopelo, no menos recargados del metal precioso; brazaletes; collares; cinturones; sortijas por docenas; centenares, en fin, de valiosas joyas...—¡Y eso que *todo se lo habían robado los Morios!!!*

Peregrina y fascinadora resultaba, en verdad, la hermosura de algunas de aquellas mujeres tan suntuosamente ataviadas.—*Sara, Estrella y Mesoda ó Fortunata*, eran de las más lindas.—

A mí me recordaban las Reinas del Antiguo Testamento que Rubens y Veronés han retratado en sus cuadros...—Pero sobre todas ellas resalta, como la Luna sobre los luceros, *Tamo*, la noble, la dulce, la pálida esposa de Samuel.

Este Samuel es comerciante de joyas, y se hallaba allí, casualmente ó impulsado por sus celos, á costa de su religiosidad.—Tiene sesenta años; es riquísimo, y viste con algún lujo; pero su incalificable avaricia lo ha llevado hasta el extremo de cuidar los caballos á algunos jefes nuestros por una peseta diaria.—El trato se hizo ayer en mi presencia, en medio del Zoco...—¿Quién había de decirme que aquel inmundo viejo estaba casado con la reina de la Judería?

Tamo no pasa de los diez y siete años, y tiene ya dos hijos (*Jacob y Josué*), según me dijo la pícara mujer de Benjamín.—Hoy vestía algo más sencillamente que las otras, pero con mayor gusto y elegancia, tanto, que, mirada de perfil, parecía una estatua egipcia hecha por un Griego. Su saya de paño verde, su chal blanco bordado de oro, su tiara adornada de esmeraldas, sus arracadas de corales y topacios, su cabellera de seda, todo conspiraba á engrandecer é idealizar tan voluptuosa figura. Su delicada carne contrastaba graciosamente con la dureza de los ribetes del corpiño. Aquella suave garganta; aquel seno medio desnudo; aquellos brazos, *blancos como dos rayos de luna* (que diría el poeta inglés), y aquel rostro de plácido color, cercado de piedras y metales, parecían formados de leche y hojas de rosa, y podían también ser comparados á miel del Himeto servida en amplia taza de oro...—Pero hay más: sus negros ojos atraen cuanto miran, y piensan y presienten acerca de cuanto ven; su boca tiene la forma del beso, siempre que no se ríe; y, cuando *Tamo* se ríe, desfallece su ardiente mirada y

márcanse dos hoyos en sus mejillas.—¡ Sólo que *Tamo* ríe pocas veces!...

Si fuese Española, yo atribuiría aquel aire soñador y dolorido á penas sufridas en el orgullo, en sus ensueños de adolescente ó en su dignidad de mujer, al verse enlazada con un sér tan despreciable como Samuel... Pero *Tamo* es Hebreá..., y su mirada melancólica, su aire lánguido y majestuoso, y el timbre de su acento, dulce como los trinos más graves del ruiseñor, no pasan de ser fenómenos físicos, puramente materiales, debidos quizá á la circunstancia de estar criando, ó á vulgarísimas desgracias ocurridas en sus intereses domésticos... Con todo, no puedo menos de confesar que *Tamo*, considerada como estatua ó como pintura, es una mujer admirable, bellísima, encantadora.

—Dime tu nombre...—le supliqué yo maravillado, en tanto que Iriarte hacía el retrato de su peregrina beldad.

Ruborizóse, y miró á su marido.

—¿ Para qué quieres saberlo? — me preguntó éste con una tristeza que suplía por la cólera, incompatible con las circunstancias y con su carácter.

— Para recordarlo — le respondí, afectando crueldad.

— Díselo...—murmuró el Hebreo, mirando á su mujer con ojos de serpiente.

— *Tamo*—exclamó la hermosa Judía, bajando los aterciopelados ojos.

Y sus largas pestañas negras sombrearon casi las enrojecidas mejillas.

Yo me ruboricé á mi vez, sin explicarme lo que acababa de oír...

Tamo, en italiano, significa *te amo*, como todo el mundo sabe.— La bella Israelita tenía, pues, por nombre la más tierna frase del más dulce idioma!

—¿ Te llamas *Tamo*?—repliqué yo maquinalmente, ó por repetir el equívoco.

— Sí, *Tamo*.

— ¡ Tanto mejor! — murmuré al cabo con triste ironía.

Y aquella otra apariencia engañadora, que, como la de su hermosura, nada encerraba que fuese hijo del sentimiento, acabó por disgustarme de la hechicera joven, cuyo grotesco esposo y sucios hijos se aparecieron á mi imaginación en ridículo grupo...—Y al fin y al cabo hube de suspirar por mis ausentes vírgenes cristianas, que, como no esperan ser madres del *Mesías*, se engríen en ostentar durante los años de la juventud, y aun algo después, la aureola de la pureza.

X

Primera Misa en *Tetuán*.—*Nuestra Señora de las Victorias*.—La nueva primavera.—Un domingo por la tarde.—Mi nueva casa.

Día 12 de Febrero.

Quiero que el sublime cuadro que hoy ha contemplado la ciudad de *Tetuán* se refleje y perpetúe en esta humilde Crónica con todos sus accidentes y pormenores; quiero que no se extinga nunca la luz de este día; quiero que las emociones que agitaron esta mañana al Ejército cristiano, cuando se celebraba por primera vez el Sacrificio de la Misa, pública y victoriosamente, dentro de los muros de la ciudad agarena, se graben en la Historia de mi Patria; duren más que nuestros mortales corazones; conmuevan en lo futuro á los hijos de nuestros hijos, y eternicen la alegría del más señalado triunfo que hemos alcanzado en Africa;—cual ha sido pro-